

El Concilio Vaticano II y nosotros: ¿qué ha cambiado?

Lluís Oviedo, OFM

Profesor de Teología. Antonianum (Roma)

Recibido: 25 febrero 2014

Aceptado: 6 marzo 2014

RESUMEN: En este artículo se nos propone una lectura no habitual de la celebración del cincuentenario del Concilio Vaticano II. Si queremos que el espíritu conciliar siga inspirando nuestra vida cristiana y sobre todo la misión evangelizadora de la Iglesia, conviene ir más allá de las interpretaciones que hasta el presente se han hecho del Concilio. Conviene que comencemos a percibir que nuestros actuales signos de los tiempos son muy diferentes a los que imperaban hace cincuenta años en la Iglesia y en el mundo.

PALABRAS CLAVE: Vaticano II, Secularización, nueva cultura, crisis interna de la Iglesia.

Hace casi cincuenta años del final del Concilio Vaticano II y muchos hacen balances. En general, el Concilio ha sido recibido y aplicado, pero los tiempos han cambiado, y también los retos que afronta la Iglesia después de medio siglo.

La tesis que defiende en este artículo es que desde mediados de los años 60 hasta ahora han ocurrido cambios de tales dimensiones que hacen replantearnos no sólo la cuestión de los diferentes contextos, sino la de su mismo significado. Nuestro contexto es muy dife-

rente al que dio origen al Vaticano II. Se impone una revisión. De hecho, el Concilio se tomó muy en serio su propio ambiente y los «signos de los tiempos», lo que seguramente era una novedad. Los cambios registrados desde entonces nos invitan a replantearnos propuestas vinculadas a la década de los sesenta y que deben ser actualizadas.

Algunas lecturas recientes del Concilio y de su significado apuntan en este sentido. Christoph Theobald en un artículo reciente afirmaba:

«La inteligencia de la fe no puede ser más que “actual”, lo que significa en una relación eventualmente intempestiva con nuestra situación cultural, que ya no es la propia de los años sesenta del siglo pasado. Para su puesta a punto el Concilio aporta “potencialidades” de futuro que es necesario desarrollar»¹.

Theobald señala que la lectura del Vaticano II debe proceder de forma «proléptica», y no mirando al pasado.

Dichas premisas invitan a identificar los cambios o procesos a nivel social y cultural que más influyen en la situación actual, tras determinar la influencia que ejercieron los impulsos culturales de aquel momento en los contenidos de los documentos conciliares. Dichos documentos pueden ser hoy leídos a la luz de aquellos influjos, lo que nos ayudará a captar su sentido coyuntural. Un

¹ CHRISTOPH THEOBALD, «L’herméneutique de la Réforme», implique-t-elle une réforme de l’herméneutique?, *Recherches de Sciences Religieuses*, 100-1, 2012, 65-84, qui p. 67; puede verse del mismo autor: *La recezione del Vaticano II*, 1, Bologna: EDB, 2011. De forma similar se expresa: Massimo Faggioli, *Vatican II: The Battle for Meaning*, Mahwah, NJ: Paulist Press, 2012.

paso ulterior consistirá en discernir los rasgos actuales que invitan a una revisión o a una prolongación de los textos elaborados hace cincuenta años. Se trata de aplicar una especie de «regla de tres» que nos permita deducir las orientaciones pertinentes para hoy: si el Concilio reaccionó a sus propios «signos de los tiempos», ¿cómo tendríamos que reaccionar nosotros, teniendo en cuenta los signos de nuestro propio ambiente, a partir de lo aprendido por la Iglesia medio siglo antes?

El recorrido apenas sugerido constituye más bien un programa de investigación que es imposible desplegar en un breve artículo. De momento, me limito a trazar un esbozo de los cambios más pertinentes.

La Iglesia en el mundo cincuenta años después

A lo largo de estos cincuenta años cabe distinguir dos tipos de procesos: unos han tenido lugar fuera de la Iglesia; otros dentro de ella, en ocasiones como un reflejo del propio contexto, en otras, como resultado de dinámicas internas.

Desde mi punto de vista los procesos externos que más han influido en la recepción actual del

Vaticano II son: la extensión del fenómeno de la secularización; los desarrollos culturales, en especial los vinculados con la realización personal y el bienestar económico; las transformaciones del ámbito familiar y demográfico; el desgaste del sistema político y económico después de su gran expansión y, finalmente, el éxito de la ciencia.

Los procesos que considero más relevantes dentro de la Iglesia, y que invitan a repensar la eclesiología anterior, son: el paso de un régimen de cristiandad a un régimen de Iglesia minoritaria y sin demasiada influencia social y cultural; la crisis vocacional en gran parte del mundo occidental; la crisis derivada de la percepción masiva de la corrupción en la Iglesia; la irrupción de los «nuevos movimientos eclesiales»; y el incremento de una visión más crítica hacia la Iglesia, que reclama correcciones y la superación del inmovilismo.

a) *Los cambios en el contexto externo*

LA SECULARIZACIÓN

Se trata del rasgo que más afecta a la Iglesia. El fenómeno de la secularización ya había sido advertido a inicios del siglo xx por par-

te de sociólogos como Durkheim y Max Weber. Sin embargo, la crisis asociada a la Gran Guerra, además del colapso económico del 29, el ascenso de los totalitarismos y la Segunda Guerra Mundial, retrasaron considerablemente dicho proceso. Las calamidades vividas por tres generaciones hasta los años cincuenta provocaron una fuerte incertidumbre y una necesidad generalizada de salvación que animaron varias oleadas de *revival* religioso. Puede afirmarse que el proceso de secularización quedó bloqueado durante varios decenios; volvió a cobrar una fuerza imparable a mediados de los años sesenta. Una desafortunada coincidencia marcó el final del último Concilio con el inicio de oleadas secularizadoras ligadas a un ambiente de mayor bienestar y crecimiento económico sin precedentes.

La Iglesia católica conoció en los inicios de los años sesenta uno de sus momentos de máxima expansión: las iglesias estaban repletas; se construían grandes seminarios para acoger muchas vocaciones; florecían las organizaciones católicas; los pastores ejercían una amplia influencia social y política. Ese era el típico mundo católico de los años del Concilio. Si bien en algunas zonas del centro y norte

de Europa ya se notaban los primeros síntomas de la secularización se consideraban excepciones respecto de la norma de expansión que dominaba en el mundo católico. Las zonas bajo el comunismo oficial sufrían a menudo dura represión, pero eso era algo muy distinto.

Cabe deducir que el Vaticano II trató de hacer las cuentas con las sociedades y la cultura moderna, pero desde una posición de poder y prestigio gracias a su presencia mayoritaria. Sus protagonistas no fueron demasiado conscientes de la dramática situación que les tocaría vivir décadas después; cuando la inmensa mayoría de las sociedades occidentales conocieron un fuerte declive religioso.

Por consiguiente, se puede afirmar que la Iglesia del Vaticano II no estaba preparada para afrontar los retos derivados de la secularización. Razón por la cual una parte de sus orientaciones envejecieron antes de tiempo. Es relativamente fácil, a la luz de lo que ha ocurrido, revisar algunos de los debates en torno a la recepción del Concilio. Ante todo me parece injusto hablar —en el contexto de aquel proceso de secularización— del fracaso que habría afectado a la aplicación del Vaticano II. Los que todavía lamentan sus «fallos» deberían entender

que el postconcilio, sobre todo en los años 70-80, coincidió en casi todo el mundo occidental con una fuerte oleada secularizadora, que habría tenido lugar de todos modos, también en el caso de que el Concilio no se hubiera celebrado. No en vano la crisis también afectó a otras iglesias cristianas en regiones menos católicas. Los que acusan un cierto fracaso en la aplicación del Concilio, que —según ellos— no habría ido bastante lejos en su espíritu de reforma, apertura y participación, tendrían que prestar más atención a los numerosos estudios que analizan la secularización y sus consecuencias. Por regla general sus efectos disolutivos se sienten de todos modos, incluso cuando se intentan aplicar medidas de carácter más o menos progresista en la gestión eclesial.

Este proceso de fuerte secularización plantea serios interrogantes en relación con algunos de los presupuestos sobre los que se pensaba la fe y la Iglesia apenas unos años antes, y obliga a replantear también las relaciones entre la Iglesia y el mundo moderno de forma más realista.

DESARROLLOS CULTURALES

Una de las mayores transformaciones culturales que conoció la segunda mitad del siglo xx tuvo

lugar apenas pocos años después del final del Vaticano II: la revolución del Mayo de 1968. Para muchos se trató del punto de llegada de fermentos que ya estaban gestándose, y que encontraron una expresión más aguda en aquel año convulso. Cuajó entonces una visión distinta de la modernidad, desvinculada de los ideales de progreso científico, técnico o económico, y que insiste más en los valores de vida buena y feliz, conectados a una «cultura del narcisismo» y de la realización personal².

Se puede decir que el Vaticano II conoció e hizo las cuentas con la modernidad ilustrada, racional y del progreso. Después del 68, y sobre todo después de los años ochenta, la Iglesia se ve obligada a hacer las cuentas —en Occidente— con otro tipo de sensibilidad y cultura, con otros intereses y otras formas de percibir la realidad o lo que la teología llamaba «el sentido de la vida». A grandes rasgos, aquella estrategia vinculaba la búsqueda de sentido a la respuesta de la fe en un ambiente de

gran problematidad. Sin embargo, las nuevas generaciones fueron considerando el significado de la propia existencia en un horizonte menos problemático y más positivo. Se trataba de disfrutar del propio tiempo y sacar el máximo partido a una vida limitada, en un ambiente secular pero con muchas oportunidades de satisfacción inmediata.

Taylor vincula el problema de la secularización a las aspiraciones de las últimas generaciones, que descuidaron las propuestas de salvación que ofrecen las iglesias, en particular la católica, para buscar más bien su realización personal y su felicidad en otras experiencias y perspectivas. El desfase cultural que se abre desde entonces plantea un reto difícil a la fe cristiana, que ya en el tercer milenio no puede contar con esquemas de salvación y redención que resultaban significativos para las generaciones anteriores.

TRANSFORMACIONES EN EL ÁMBITO FAMILIAR

Durante los años del Concilio se asistía al llamado *baby boom*. Las familias eran relativamente estables, y se mantenía un cierto *statu quo* en las relaciones entre generaciones, que garantizaba una transmisión bastante serena de valores y conocimientos. Decenios des-

² CHARLES TAYLOR, *A Secular Age*, Cambridge, MA: Harvard University Press, 2007; CHRISTOPHER LASCH, *La cultura del narcisismo. L'individuo in fuga dal sociale in una età di disilluioni collettive*, Milano: Bompiani, 1992.

pués se han producido cambios radicales: la tasa de natalidad ha caído en la mayor parte de los países occidentales; nunca antes en la historia la realidad familiar había sido tan inestable y precaria. Las relaciones entre cónyuges, y entre padres e hijos han perdido los puntos de referencia típicos de otras épocas. Estas dificultades repercuten sensiblemente en el campo de la educación y en la transmisión de valores.

La situación apenas descrita tiene consecuencias claramente negativas para el funcionamiento de la Iglesia. La transmisión de la fe se fundaba sobre todo en la capacidad de las familias para confiar a los hijos los motivos de creer y las prácticas cristianas elementales. Ese sistema, que motivaba una estrecha relación entre familias y pastores se ha relajado mucho. Las dificultades con que tropiezan muchas familias a la hora de mantener su estabilidad y transmitir valores vuelven cada vez más difícil el rol de la Iglesia en nuestro tiempo.

Es relativamente sencillo deducir una relación entre las tendencias antes citadas de crisis religiosa y cultural, y este último desarrollo en el ámbito familiar. Una cultura del disfrute dificulta las opciones y sacrificios que exige la formación de una familia; son otros los

valores dominantes, dentro de un ambiente ampliamente secularizado. El panorama descrito invita a rediseñar las estrategias eclesiales. En ese ambiente cobran importancia las prioridades de la vida y la familia que ha asumido la Iglesia de forma muy consciente en los últimos años.

*EL DESGASTE DE LOS SISTEMAS
POLÍTICO Y ECONÓMICO*

Los años sesenta y setenta contemplaron una cierta «exuberancia» de la política y de la economía, que se prolongó durante varias décadas. Entonces dos ideologías se disputaban el predominio mundial; se asistía a los preocupantes escenarios de la Guerra Fría, a grandes tensiones a escala mundial y dentro de muchos países. Las expectativas que acompañaron la movilización política, al menos en mi generación, fueron inmensas en aquellos años convulsos. Muchos vivimos aquella época con la ilusión de que la acción política podía mejorar las cosas y animar un mundo más humano y fraterno.

A finales de los años setenta y comienzo de los ochenta los sueños se rompieron: el fenómeno del terrorismo, las desilusiones provocadas con la divulgación de los excesos cometidos en nombre de ciertas ideologías... Tras la caída

del Muro de Berlín, todo invitaba a una visión más realista y desencantada. A todo ello debe sumarse el fenómeno de la corrupción que afectaba a muchos políticos, partidos y administraciones públicas. La desesperanza se instala en gran parte del mundo occidental. ¡Cuánto han cambiado las cosas desde los años sesenta!

El sistema económico también experimentó su propia historia de ilusiones y desilusiones. Tras las crisis de los años setenta se asistió a una fuerte expansión económica en todo Occidente, lo que contribuyó en buena medida al optimismo de aquellos años. A pesar de la desigualdad, una economía a pleno rendimiento y una política de progreso, parecía que nutrían el optimismo. Las crisis económicas se volvieron cíclicas, casi un hábito. El incremento de la riqueza y el crecimiento del nivel de vida de todos, si lo comparamos con los años sesenta, fueron constantes. Se pensaba, hasta hace poco, que el sistema económico había conseguido organizar la producción y la distribución de la riqueza de manera que la mayoría se sintieran beneficiados. La economía «funcionaba», y por tanto todo lo demás podía funcionar: había dinero para mejorar la educación y la salud, para la investigación científica, para ayu-

dar a los más desaventajados y marginados, para vivir una vida más serena y despreocupada. Sin embargo, la reciente crisis ha corregido esas expectativas y ha mostrado las carencias del sistema económico.

EL DOMINIO CIENTÍFICO

Cincuenta años después del Vaticano II la amplia difusión de la ciencia y de las aplicaciones técnicas han cambiado el panorama cultural. La teología católica ha jugado en general la carta de la no ingerencia, y ha querido defender cierta autonomía en el ámbito de la fe respecto de las ambiciones de la ciencia. El pensamiento cristiano ha querido preservar un espléndido aislamiento que lo pusiera a salvo del impacto científico. Tal pretensión no es sostenible. El impacto, se quiera o no, se produce de todos modos. De hecho, las investigaciones más recientes han invadido campos reservados a la fe y a las humanidades: el ser humano con su mente y sus emociones; los orígenes del cosmos y de la vida; e incluso la misma experiencia religiosa.

El Vaticano II no podía tener en cuenta todos esos desarrollos, ni proveer respuestas a los retos que planteaba la ciencia. El dominio científico ha pillado a la Iglesia y a los teólogos poco preparados. En

la actualidad no basta con repetir nuestras interpretaciones tradicionales de la doctrina cristiana, sobre todo en los puntos en los que se producen más interferencias, y tampoco podemos conformarnos con referencias al Vaticano II.

b) *Los cambios dentro de la Iglesia*

EL FIN DEL RÉGIMEN DE CRISTIANDAD

No estoy seguro si aquel Concilio todavía se concebía dentro de un marco de «cristiandad». Mis sospechas van en esa dirección: para buena parte de los obispos la Iglesia católica era una realidad mayoritaria. La fe cristiana constituía un elemento masivo en la auto-comprensión de aquellas sociedades. Ahora, medio siglo después, da la impresión de que algunos temas centrales del Concilio, como la estructura de la Iglesia y su relación con el mundo moderno, siguen enmarcados en una visión de cristiandad. La Iglesia aún se sentía guía espiritual y moral de muchas sociedades.

Si muchos de los textos del Vaticano II tuvieran que ser redactados hoy de nuevo, asumirían un estilo, un tono distinto y menos vinculado a la idea de «sociedad cristiana». El problema es que las iglesias se han vuelto claramente minoritarias, aunque sigan conservando un estatuto especial en buena parte de

los «países católicos», y por consiguiente, no pueden pretender seguir ejerciendo un papel de «guías» para toda la sociedad. Si acaso, los pastores deben conformarse con ser los dirigentes de una minoría significativa, que conserva aún cierto peso específico, que puede ejercer un papel de *lobby* en el teatro político. Poco más.

De todos modos, la cuestión va mucho más allá del ámbito meramente político y afecta al modo de entender la Iglesia tras muchos siglos, en los que la Iglesia y la sociedad se sobreponían. Ahora está en juego el modo mismo de representar esta institución, de establecer su identidad y su programa de futuro.

LA CRISIS VOCACIONAL

Para quién busque «signos de los tiempos», éste no puede pasar desapercibido; otro asunto es su valoración. La cuestión vocacional no era una preocupación en los tiempos del Vaticano II.

Desde hace tiempo se discuten las causas y motivos de esa involución: a los motivos externos (demográficos, secularización, cultura hedonista...) se suman motivos internos, como por ejemplo el abandono del reclutamiento infantil y formas alienantes de formación. Pero se apunta a los pastores y responsables de órdenes, a

El Concilio Vaticano II y nosotros: ¿qué ha cambiado?

modelos pastorales que no logran atraer a los jóvenes. Otros consideran que el modelo de sacerdote secularizado y relajado que predomina en muchos casos no ayuda en absoluto a reclutar a los jóvenes más entusiastas.

La situación actual en muchos casos es desesperada: se han relajado los controles sobre los candidatos, a causa de su disminución; se importa mucho clero de zonas donde —según las estadísticas que publica la Santa Sede³— hay más necesidad de pastores, y se asiste a escándalos por parte de miembros del clero y a una continua hemorragia de religiosos y sacerdotes que abandonan su estado. La Iglesia debería plantearse con audacia y realismo el problema. En todo caso es urgente analizar la realidad de la Iglesia y de sus ministerios ordenados si se quieren afrontar los problemas señalados.

*LA TOMA DE CONCIENCIA
DE LA NEGATIVIDAD Y CORRUPCIÓN
EN LA IGLESIA*

Esta también es una novedad respecto del último Concilio, que ciertamente ignoró el problema

³ Se puede consultar cada año el *Annuarium Statisticum Ecclesiae—Statistical Yearbook of the Church*, donde se ofrecen tablas de número de católicos por cada sacerdote en todos los países del mundo.

de los abusos y corrupción en la Iglesia. Ya en el pontificado de Juan Pablo II las cosas tomaron un matiz distinto al triunfalismo anterior; ese Papa tuvo el valor de reconocer los errores históricos de la Iglesia y de pedir perdón por ellos. Se quiera o no, dicho planteamiento ya implicaba un cambio eclesiológico respecto de la herencia del Concilio. La situación se hizo más crítica con la toma de conciencia cada vez más aguda de los abusos cometidos por miembros del clero católico en las últimas décadas, y la mala gestión de esos casos por parte de muchos responsables. Estas informaciones provocaron un gran escándalo en muchos fieles: no se trataba de errores de la historia pasada, sino cometidos en el tiempo presente.

Ya he apuntado en un estudio reciente las consecuencias eclesiológicas de tales casos⁴. Desde mi punto de vista la más grave es que dichos abusos revelan algunos fallos en las eclesiologías demasiado optimistas después del Vaticano II. En breve, una Iglesia

⁴ LL. OVIEDO, «Corrupción, crisis y regeneración de la Iglesia», *Razón y Fe*, 1344, 2010, pp. 169-184; versión ampliada, con D. JAEGER, «Discerning Lacunae in Church Governance: Organizational, Juridical and Theological Aspects», *Antoniana* 87-3, 2012, pp. 521-548.

que se auto-comprende sólo en términos de comunión y de sacramento de salvación puede volverse incapaz de reconocer la presencia de elementos abusivos y aprovechados, puede no advertir la necesidad de aplicar medidas de corrección y de auto-defensa contra los miembros desviados. Al esfumarse la dimensión institucional y la corrección penal, se difunde un sentido de tolerancia que ha sido percibido por algunos como impunidad y falta de control, lo que propició más abusos. A menudo los pastores no han sentido en ese ambiente el deber de «rendir cuentas» de su gobierno y de los propios errores cometidos en la gestión de esos problemas. Se percibe una sensación de fracaso en estos últimos años, cuando se ha llegado a la situación en la que hoy nos encontramos.

También en este caso emergen tareas importantes e inaplazables. Conviene ir más allá de las ideas del Vaticano II, que no podía imaginar que se llegara a esta situación. Está claro que en los años sesenta también había corrupción, como se ha demostrado en varios casos; pero se conseguía mantener escondida o disimulada, lo que hoy ya no es posible. Estamos obligados a corregir aquellas tendencias.

LOS NUEVOS MOVIMIENTOS ECLESIALES

El post-Concilio conoció una profusión de nuevas organizaciones católicas, nacidas al calor de aquel acontecimiento e inspiradas en gran parte en sus impulsos de renovación. La presencia, número y fuerza de tales agregaciones de fieles, si queremos ser consecuentes con los signos de los tiempos, sugiere cambios en la mentalidad y en la praxis eclesial. Se trata de realidades eclesiales surgidas, configuradas y crecidas en un ambiente en el que la mayoría de las formas anteriores conocen signos de fuerte declive. Esta tendencia se pone aún más de manifiesto en relación con las congregaciones de consagrados.

Los nuevos movimientos eclesiales cuestionan de alguna forma la preeminencia de la organización fundada sobre la parroquia territorial, e invitan a pensar en formas alternativas de agregación y de movilización, lo que trasciende incluso los límites y estructuras diocesanos, y suscita otras cuestiones. De todos modos, su «éxito» hace de ellos un claro «signo de los tiempos», pues se han adaptado a un ambiente aparentemente más hostil para la fe. A pesar de sus limitaciones y riesgos conviene prestarles atención.

El Concilio Vaticano II y nosotros: ¿qué ha cambiado?

*EL INCREMENTO DE UNA CONCIENCIA
CRÍTICA POR PARTE DE LOS FIELES*

Seguramente una visión más crítica está presente hoy en gran parte de los católicos en los países occidentales. Es muy probable que se trate de un modelo cultural ampliamente compartido, que sigue una cierta maduración y ha sido alimentado por los media. Se registra un gran deseo de transparencia en nuestro mundo; los creyentes ya no aceptan un sistema de gobierno basado en una cultura del secreto y la ocultación, sobre la cooptación privada de los cargos, y carente de formas de control que permitan rendir cuentas y exigir responsabilidades. Recientes escándalos expuestos —como siempre— por los medios de comunicación han vuelto todavía más aguda esta sensibilidad.

Esta transformación es casi epocal, y justifica una visión distinta de la Iglesia, en la que ya no tienen que ver demasiado las declaraciones teológicas, y obliga a buscar soluciones más eficaces, que devuelvan a la Iglesia la credibilidad perdida. Se exige mayor transparencia y eficacia de la propia gestión; alejarnos de las frecuentes formas de intriga, de oscuros juegos de poder y de corrupciones varias, también económicas, que dañan mucho la imagen de la Iglesia.

¿Qué podemos hacer?

Más allá de las celebraciones, sería útil proceder a una tarea de revisión similar a la que se hizo durante el Vaticano II, tras un ejercicio de discernimiento sobre la propia situación.

Si el llamado «espíritu del Concilio» debe seguir vivo, no tendríamos que perdernos en discusiones sobre qué interpretación es más legítima: la progresista o la conservadora. Lo más urgente es un esfuerzo por diagnosticar mejor los retos y las oportunidades del momento presente, a partir de una lectura en profundidad de los «signos de los tiempos», ayudados por las ciencias auxiliares, y de plantear propuestas para hacer frente a los problemas encontrados. Dicha tarea también debería nutrir una reflexión de carácter práctico, es decir orientada a corregir los límites observados y a resolver problemas.

Desde mi punto de vista, en un tiempo que registra un fuerte declive religioso en la mayor parte de Occidente, y que afecta también a la Iglesia católica, el criterio que debería presidir los esfuerzos teológicos debería ser eminentemente pragmático, en el sentido de la frase evangélica: «por sus frutos los conoceréis». Si se trata de aplicar el Vaticano II a cincuen-

ta años de distancia y de desarrollar sus potencialidades, siguiendo la norma hermenéutica de Theobald, no nos queda sino adecuar las respuestas católicas a los retos del momento. No hay tiempo para la nostalgia; debemos mirar al futuro para intentar devolver vitalidad —con la ayuda del Espíritu divino— a lo que languidece y esperanza más allá de los límites encontrados. ■